209. *Los hijos del Cid*, por Eduardo Marquina.
210. *La vestal de Occidente*, por Jacinto Benavente.
211. *La gitanilla*, por Diego San José.
212. *El amor no se ríe*, por Felipe Sassone.
213. *Lady Godiva*, por M. Linares Rivas.
214. *Levanta, Magdalena*, por Carlos M. Baena.
215. *La Inmaculada de los Dolores*, por Jacinto Benavente.
216. *El castillo de los Ultrajes*, por P. Muñoz Seca.
217. *Un drama nuevo*, por Manuel Tamayo y Baus.
218. *Porque yo no te quiero*, por Fernando de la Milla.
219. *Pipiola*, por S. y J. Alvarez Quintero.
220. *Lo pasado, o concluído o guardado*, por M. Linares rivas.
221. *La leona de Castilla*, por Francisco Villaespesa.
222. *Juan Sin Tierra*, por Marcelino Domingo.
223. *Los marqueses de Matute*, por Luis F. de Sevilla y Anselmo C. Carreño.
224. *Vidas cruzadas* (extraordinario: 1 pta.), por J. Benavente.
225. *Cuando florezcan los rosales*, por Eduardo Marquina.
226. *Los medios seres*, por Ramón Gómez de la Serna.
227. *Volpone o el zorro*, por Ben Jonson.
228. *La locura de amor*, por M. Tamayo y Baus.
229. *Nido de águilas*, por M. Linares Rivas.
230. *Pequeñeces*, por B. de Mora y J. de Salas.
231. *La hermana San Sulpicio*, por Ernesto León.
232. *La carcajada*, por F. de la Milla.
233. *Por ser con todos leal, ser para todos traidor*, por Jacinto Benavente.
234. *La felicidad de ayer*, por Juan José Llorente.
235. *La alcaldesa de Pastrana*, por Eduardo Marquina.
236. *Las vueltas que da el mundo*, por S. y J. Alvarez Quintero.
237. *Sombras de sueño*, por Miguel de Unamuno.
238. *La entretenida*, por Felipe Sassone.
239. *El buen demonio*, por M. Linares Rivas.
240. *Los que tenemos cincuenta años*, por E. Reoyo y J. Ramos Martín.
241. *Una muchacha de vanguardia*, por J. de Burgos y A. Custodio.
242. *La bola de nieve*, por M. Tamayo y Baus.
243. *Por los pecados del rey*, por Eduardo Marquina.
244. *Una señora*, por Jacinto Benavente.
245. *Roxana (La Cortesana)*, por A. Torres del Alamo y A. Asenjo.
246. *Los amos de Curtidores*, por Eusebio de Gorbes.
247. *La divina ficción*, por Luigi Chiarelli.
248. *La silla número trece*, por Bayard Veiller.
249. *El jockey*, por J. Conty y G. Vissant.
250. *El poema de los ojos*, por Salvador Rueda.
251. *Judá, Ben-Hur*, por E. Thuillier y J. L. de la Hera.
252. *El oro del diablo*, por L. Navarro y J. M. Pérez-Moris.
253. *Los príncipes caídos*, por Marcelino Domingo.
254. *La cizaña*, por Linares Rivas.
255. *El lobo*, por Joaquín Dicenta.
256. *Los amantes de Teruel*, por Juan E. Hartzenbusch.
257. *Aben-Humeya*, por Francisco Villaespesa.
258. *La Dolores*, por José Feliú y Codina.
259. *Lo positivo*, por Manuel Tamayo y Baus.
260. *El trovador*, por A. García Gutiérrez.
261. *El señor feudal*, por Joaquín Dicenta.
262. *El rey Galaor*, por Francisco Villaespesa.

La Novela Sugestiva

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID



50

ARSENIO del RAMOS

La ninfa del Parterre

LA NINFA DEL PARTERRE

La Novela Sugestiva

LA NINFA DEL PARTERRE

por

ARSENIO RAMOS

Ilustraciones de
HELGUERA

27

PRENSA MODERNA

Larra, 13 - Bajo Madrid. Apartado: 8.012

LA NOVELA
SUGESTIVA

DECLARA: que no pretende ser, ni siquiera parecer, una publicación pornográfica: que es, sí, alegre y desenfadada, frívola, galante, picaresca: nada más.

PRENSA MODERNA
IMPRENTA
LARRA, 13 MADRID

Envío

¿Quién sino tú, Mi Mía, merece más justamente esta página de honor? Durante muchos momentos de este pasado verano he visto surgir el incomparable tesoro de tu cuerpo moreno de una camisita negra, que llegara a convertirse para mí en obsesión. Ello engendrara esta novela. Y puesto que el título a ti también se te ocurriera, legítimamente esta página es tan tuya como mi propio cariño.

ARSENIO



LENO verano. Era ya anochecido. Hacía un calor de horno y tenía yo una sed horrible. Una mesa libre en una de las cervecerías de la calle de Alcalá. Me instalé apresuradamente, antes de que nadie me ganara el sitio por la mano. Y pedí al solícito camarero un doble de cerveza, que comencé a apurar con avidez.

No tardó en aparacer un mi amigo que me hiciera compañía. Teófilo. Teófilo Garrúlez, un muchacho alegre que estaba pasando el estío en Madrid lo más regocijadamente posible, poniendo en acción la célebre frase de que Madrid en verano, con dinero y sin familia, Baden-Baden...

Me dijo Teófilo, instalándose a mi lado:

—¡Uf, chico! ¡Qué calor! ¿Qué haces ahí solo? ¿Cómo no estás en la sierra?

Le contesté :

—Hoy es lunes. Y hasta el jueves...

—Es verdad.

—He estado en el Retiro...

—Tú siempre tan bucólico...

—¡ Hombre ! ¡ Si se puede decir !...

—O tan parqueño ; como quieras...

Una de esas divinísimas mujeres que cruzan como una celestial aparición ante las terrazas alcalareñas, ahitas de gente bien.

—¡ Vaya jamón !—lanzó Teófilo.

Yo sonreí.

Otra hermosa seguidamente. Otra ...

—El desfile del amor—murmuró Teófilo.

Y de repente :

—Oye, ¿a que no sabes lo que he oído, ya que hablabas antes del Retiro?

—No sé...

—Que en el parterre hay una ninfa.

—¿Eh?

—Sí. Verás. Todos los anochecidos cuando aquello se queda desierto y los guardas van cerrando las puertas, surge por entre los macizos del parterre una mujer desnuda, una bellísima mujer, según parece, que aparece y reaparece hasta que, dándose cuenta de que ha sido vista, se esfuma como un fantasma.

—¡ Qué cosa más singular !

—Y el caso es que los guardas, advertidos ya, no han podido echarla mano. Hace más de una

semana que la acechan, ¡ y nada ! Debe ser una loca !

—Seguramente.

—Pero, a pesar de todo, la cosa no deja de ser interesante.

—En efecto.

—A mí me gustaría ...

Interesado ya, y adentrándome por la puerta de la aventura que mi amigo me abriera, le corté la idea adivinada :

—¿Quieres que mañana, en combinación con los guardas, vayamos a cazar a la ninfa?

—No estaría mal.

—Tal vez te diese a ti asunto para una novela.

—No te digo que no.

—Pues hecho. Mañana vamos al Retiro a cazar a la ninfa del parterre.

Y así lo hicimos. Puestos en combinación con un guarda, seducido mediante una pesetilla, en cuanto anocheció tomamos entre los tres posiciones estratégicas en el parterre, y esperamos acontecimientos.

Las sombras fueron poco a poco espesándose. Sentado yo en uno de los más apartados bancos, miraba a uno y otro lado sin divisar a nadie, lleno de emoción. Llegaba hasta mí el tintineo de los tranvías, como un eco lejano de vida ciudadana, mientras todo a mi alrededor era quietud.

Hubiese acabado por creer que aquello de la nin-

fa era pura patraña si el mismo guarda no me hubiese asegurado :

—Sí, señor. Eso que dice su amigo de usted es cierto. Y yo mismo se lo he contado. En el parterre, en cuanto las puertas se cierran, surge una mujer. Una mujer desnuda. ¡ Y qué mujer ! Va de un lado a otro hasta que, al darse cuenta de que ha sido descubierta, desaparece sin dejar rastro, como por encanto... Se lo he dicho a varios compañeros, y todos se han reído de mí. Pero ya verán ustedes, ya verán, puesto que quieren hacerme compañía...

Las nueve y media. Soledad y silencio. La ninfa sin aparecer. ¡ Vaya camelo !

El que surgió de entre los macizos fué el guarda para decir :

—Señores, me parece que esta noche no hay ya ninfa. Ha debido darse cuenta, y...

Inmediatamente surgió Teófilo murmurando :

—¡ Que no hay derecho, hombre ! Hora y media tumbado en una reguera ! ¡ Vaya reuma que debo haber cogido !

Salimos del Retiro malhumorados y silenciosos. Ya en la calle de Alcalá, Teófilo me dijo :

—Bueno, esto no se lo cuentes a nadie. ¡ Porque se van a reír poco de nosotros los amigos cuando se enteren ! ¡ Vaya con la bromita de la ninfa del parterre !

Reímos ya...



El día siguiente yo seguía pensando en la ninfa. El guarda no mentía. ¿Por qué había de mentir?

Si no había tenido suerte la noche pasada, perseverando, quizá lograse ver a la ninfa, y aun atraparla. Y la cosa sería interesante...

Seducido por tal probabilidad, en cuanto anocheció me dirigí solo al Retiro y, buscando al guarda, le dije :

—Mire usted : Yo no he desistido de ver a la ninfa. Y vengo esta noche dispuesto también a esperar un par de horas, a ver qué pasa. Lo que estimo es que, si a usted le parece bien, debiéramos organizar las cosas mejor. Por ejemplo : no quedarnos en el parterre, sino junto al estanque, o en cualquier otro sitio, y cuando ya sea del todo de

noche, dirigirnos cautelosamente al parterre..., y ver lo que allí pasa.

Al guarda le pareció muy bien mi plan, y estuvimos paseando largo rato, ya de noche, por los caminos más umbrosos de junto al estanque.

Cuando juzgué llegado el momento propicio, dije al guarda:

—¿Vamos?

—Sí. Ya debe de haber *salido* la ninfa.

Nos separamos, dirigiéndonos convergentemente hacia el parterre.

Esta segunda noche resultaba más emocionante que la primera. Porque, no sé por qué, tenía la impresión de que la ninfa del parterre iba a dejar de ser un mito para mí, convirtiéndose en una contundente realidad.

En mi impaciencia, debí de adelantarme al guarda y ser el primero en llegar al parterre.

Mis ojos, ávidamente, buceaban en la sombra, yendo inquisidores a los trechos iluminados por la luz de una pálida luna.

¡Y de repente vi!

Inconfundiblemente, entre dos macizos de boj, inmovilizada como una estatua, y bañada por la claridad lunar, había una mujer.

Miré a uno y a otro lado, como temeroso de que junto a mí surgiera el guarda, asaltado por la idea de hacer mía, exclusivamente mía, a la beldad y a su aventura, y comprendiendo que me era preciso obrar rápidamente, avancé hacia la ninfa con



—El desfile del amor—murmuró Teófilo.

la mayor vertiginosidad posible, y lo más cautelosamente que pude y, en cuanto me hallé a su lado —que, felizmente, la mujer no se diera cuenta de mi avance—, me apoderé de uno de sus brazos y la retuve, diciendo:

—¡No grite! ¡No se alarme! ¡No la he de hacer mal alguno!

Pero ella no pudo contener un grito de susto y de angustia, que se perdió en la noche sin alarma alguna.

Se arrodilló ante mí, llorando casi.

—¡No me descubra usted, caballero! ¡Por Dios se lo pido! ¡No me descubra usted! Yo le contaré... ¡Yo seré suya!

¡Oh! ¡Mi carne se estremeció! ¡Mía! ¡Se me ofrecía mía! Y, además, iba a contarme...

Dije, aturdido:

—Venga, vamos fuera de aquí. Va a llegar el guarda...

Y como yo, alocadamente, la impulsara en dirección al estanque, ella me dijo:

—No, no. Por ahí no. Tengo yo un sitio...

La seguí. Hallamos a poco una caseta, donde los obreros guardan la herramienta. La ninfa penetró en ella. Yo la seguí. Sobre una carretilla estaban sus vestidos, su sombrero, sus zapatos...

Brilló en su rostro la primera sonrisa, sintiéndose en seguridad. Y dijo, cerrando la puerta con la llave que de un bolso extrajera:

—¡Oh! Ya estoy segura. Déjeme vestirme ahora... ¡Ah! ¡Qué bueno es usted, caballero! Pudo entregarme a los guardas... o abusar de mí allí mismo, porque para las ninfas se han hecho los sátiros...

Reí yo también.

Comenzó a establecerse un ambiente de franca cordialidad.

En pocos instantes aquella mujer hallóse vestida.

Acostumbrado a la oscuridad, podía darme cuenta de que la extraña ninfa era una mujer hermosa.

Seducido por la aventura, que bocado tan exquisito me deparara, yo no sabía qué decir. Esperaba que ella comenzara a explicarse.

Dijo, en cuanto se halló dispuesta:

—Sentémonos. Estas dos carretillas no son precisamente dos cómodas butacas; pero, en fin, habrá que conformarse mientras pasa el peligro. ¡Y gracias, muchas gracias por su comportamiento, caballero!

Y luego de una pausa:

—Usted querrá saber, ¿verdad? ¿Teme usted hallarse ante una loca quizá? Tal vez. Seguramente así es; pero, pero... En fin, de todos modos, escuche usted. Voy a contarle mi vida. Escuche...

Y la ninfa habló...

Yo vine de la Alcarria, mi pueblo, a servir a la corte muy jovencita: acababa de cumplir dieciocho años. Me coloqué muy bien, a los pocos meses de hallarme en la corte, gracias al auxilio del cacique de la localidad, don Niceto, en casa de los señores marqueses del Portillo.

La señora marquesa era una espléndida mujer. Sus cuarenta años, más bien cortos que largos, eran de una exuberante lozanía, y su hijo Andrés, mozo de veinte abriles, era lo único que, según ella decía, le recordaba su edad.

El señor marqués, por el contrario, apenas si pasaba de los cincuenta, pero representaba más de sesenta. Tenía la sangre azul... y ardiente. A los dos días de llegar yo a su casa, en cuanto me vió hecha una linda muñeca vestida de doncella, con la blanca cofia, el albo mandilillo y el vestido ne-

gro, de suave tela y bien ajustadito, me dió el primer achuchón. Como, arisca, le rechazara, me dijo :

—¡ Monina ! ¿Pero llegas así a Madrid? Es menester que te amanses un poquito. ¡ Con lo cariñoso que soy yo para las nenas guapas como tú !...

Pero estaba escrito que los más furibundos y decididos ataques contra mi juvenil persona serían los emprendidos por el primogénito de los marqueses del Portillo, que, según me demostró, estaba dispuesto a eclipsar las glorias eróticas de su señor padre.

Al mes de estar en aquella casa tenía yo en mi haber : diez arremetidas del marqués contra mi virtud, sin consecuencias definitivas que no fueran más allá de empurpurarme el rostro y desarreglarme el tocado, y unas cuantas miradas maliciosas de Andrés, que decían mucho y muy largo de sus intenciones. ¡ Y lo que son las cosas ! Aquellas miradas del hijo de los marqueses del Portillo me aterrorizaban más, imponiéndome y haciéndome temblar, que los nerviosos achuchones del marqués, cuyas manos oprimían hasta el dolor en lo más interesante de mis carnosidades.

Sin saber cómo, por predisposición especial, por vicio o por yo no sé qué ocultas ambiciones, me fuí aficionando al lujo.

Mis mejores momentos del día eran cuando penetraba en la alcoba o en el tocador de la marquesa para vestirla o prepararle el baño. Las ropas

perfumadas, sedosas y tibias, ricas y elegantes, producían en mí una embriagadora sensación de voluptuosidad. Y si mis manos se posaban en el bello y fino cuerpo de la marquesa, experimentaba un extraño desasosiego, una vehemente ansia de besar a la hermosa...

Palpaba sus vestidos con delectación, y sobre todo su ropa íntima me seducía sobremanera. La manipulaba con infinito mimo, y más de una vez, llevada de mi entusiasmo, llegué hasta a besarla apasionadamente.

Las combinaciones de seda malva, naranja, negra, azul, rosa y, en fin, de los más delicados colores, me ocasionaban verdadera emoción. Y las transparentes camisitas de batista, de seda o de crespón, sobre el cuerpo elegante de la marquesa, me producían tal arrobo, que más de una vez ella se diera cuenta de tal cosa, interpretándolo de de este modo :

—¿Qué te pasa, Elena? ¿Por qué te quedas así, extasiada? ¿Tan linda me encuentras?

Y yo, volviendo a la realidad y abandonando mi fetichismo, murmuraba llena de rubor :

—¡ Ah, señora marquesa ! Sí, sí. Es usted verdaderamente una estupenda mujer.

Ella sonreía orgullosa, y su hermoso cuerpo parecía esponjarse de satisfacción, con la arrogancia de un cisne, de una venus inmortal ...

Abandonaba la marquesa sus habitaciones privadas, y allí quedaba yo, en soberana absoluta, feliz,

revolviendo sedas y encajes, manejando perfumes, olvidándome de mi insignificancia para creerme, como en un lindo sueño, soberana de aquel lujo, de aquel *confort* que iban poco a poco produciendo en mí un morboso efecto.

Un día ...

Pero hagamos antes una pausa.





El día anterior me previniera la señora marquesa:

—Mañana, Elenita, me tendrás preparado el baño para las nueve. Y el *tailleur* marrón. Iré a pasar el día a El Escorial. Vendrá a recogerme el auto de los Regúlez, con quienes hago el viaje.

Y, levantándome un poco más tempranamente que de costumbre, preparé todo cuanto la marquesa me ordenara.

La mañana era primaveral. Del jardín subía un alegre rumor de píadas de pájaros y un delicioso olor a rosas recién abiertas. A las nueve llamé a la señora marquesa, que saltó ágilmente del lecho, jovial y contenta, dispuesta a pasar un buen día.

La ayudé a vestirse, deleitándome una vez más en la contemplación de su belleza.

—¿Qué camisa, señora marquesa?

—¡Ah, sí! Yo la escogeré.

Lindamente desnuda, fué hacia el armario de la ropa blanca, lo abrió de par en par y se puso a revolverlo todo, afanada en buscar una camisa... ideal, sin duda.

¿Por qué aquel día ponía aquella mujer tanto empeño en ir tan bonita por dentro?

¡Misterio de las grandes damas, que no es mayor, sin embargo, que el de la humilde mujercita poseedora de humilde ropero!

De espaldas a mí, sus hombros de Juno, su espalda impecable, la pompa excelsa de su aristocrático posterior, la redondez de sus muslos y el lindo torneado de sus carnositas pantorillas, ofrecían un armonioso y sensual conjunto.

La marquesa, al fin, se decidió por una combinación malva que le sentaba admirablemente, matizando su carne quizá excesivamente rósea en su color natural.

Consultándome, me dijo, una vez que se encontró en tan interesante *deshabillé*:

—¿Me encuentras bien, Elenita? ¿Te gusto así?

¡Me sonreía tan encantadoramente al decirme esto!...

Contesté, turbada:

—La señora marquesa está bien de todos modos.

Insistió, rechazando la lisonja:

—¡No, no! No es eso. Así, con esta combinación malva, ¿qué tal me encuentras?

—¡Preciosísima, señora marquesa!

Rió. Y yo, animada:

—¡Si yo fuera hombre!...

La marquesa, entonces, se puso muy seria, y casi reconviniéndome, me replicó:

—¿Hombre? Entonces, Elenita, serías una horrible criatura.

Esta escena, que en aquel tiempo no comprendí, tiempo después, cuando supe los extravíos de la marquesa, cuando fuí conociendo algunas de sus femeninas amistades, me resultó clara, transparente y reveladora de un estado de alma... especial.

Enmudecí..., y la señora marquesa, ayudada por mí, terminó de vestirse.

Poco después quedaba yo sola en mis habitaciones, dispuesta a ponerlo todo en orden. La imagen semidesnuda de la marquesa perduraba en mí. Saboreaba aún, en pensamiento, su figura linda, su cuerpo excelso, exquisitamente apicarado bajo la rica ropa interior.

Y como la amplia luna del espejo del tocador reflejaba mi persona al propio tiempo que la evocación se enseñoreaba de mis ideas todas, me sonreí inconsciente, lejana, como si no fuera yo quien en el espejo se reflejaba, sino una silueta querida.

De pronto, como flor que abre sus pétalos a la luz, surgió en mí la idea deslumbradora, irrefrenable. Y dije suspirante, dejándola cristalizar:

—¡Ay, sí! ¡Estaría yo más bonita!... Porque fea no soy.

El blanco mandilillo, como impulsado por una fuerza extraña que moviese mis manos, sin la brújula de mi cerebro, cayó al suelo. Y luego el vestido, y la enagua, y los pantalones, y el corsé... No titubeé en desprenderme de los zapatos, la camisa y las medias, quedando así completamente desnuda. ¿Qué podía temer? Allí en el gabinete de *toilette* de la marquesa estaba como en un templo : completamente aislada, y además libre.

Exclamé jovial, coqueta :

—¡ Eres bonita, Elena !

El espejo, al reflejar ávidamente mi imagen, tan pronto como ante él me situara, pareció contestarme :

—Sí. ¡ Eres bonita !

Fuí hacia el armario de la ropa blanca, para poner en ejecución la idea que me hiciera desnudarme : ¡ verme linda como ella, sentir sobre mi carne la caricia sutil de sedas y encajes, rociar mi cuerpo todo con perfumes, comtemplarme idealizada, para poder decirme victoriosa que yo también era una mujer bonita !...

Mis manos revolvieron en el armario, en un voluptuoso escarceo, en el que, más bien que la idea de elegir unos pantalones, una camisa o una combinación, me guiaba el pensamiento de gozarme en manipular entre tanta suavidad, como chico que revuelve entre sus juguetes sin tener predilección por ninguno.

¿La rosa? ¿La negra? ¿La azul? Y al fin exclamé :

—Probaremos primero con la combinación negra. ¡ Tiene la carne un no sé qué con ella !...

Aparté la combinación negra y busqué un par de medias de seda del mismo color.

¡ Ah ! ¡ Cómo las ricas prendas hacían de mi cuerpo plebeyo una muñeca de ilusión y de lujo realmente adorable !

Zapatitos de ante también, que, aun cuando me estaban un poco grandes, no dejaban por eso de rematar mis piernas de un modo elegante y bonito.

—¡ Guapa !—me exclamé ante el espejo, arrebatada de entusiasmo.

Y entonces, como un eco que me aterrorizara, como algo fantástico e inaudito, una voz varonil me contestó, quizá con mayor entusiasmo que yo exhalara el elogio :

—¡ Guapa !

Se escapó de mi pecho un grito de susto, mientras rápidamente giraba mi cuerpo hacia el sitio de donde la voz partía.

—¡ Andrés !

Abiertos los brazos, venía hacia mí, en zapatillas y en pijama.

—¡ Guapa, sí ! ¡ Guapa ! ¡ Guapa ! Dilo muy alto, que no mientes. ¡ Guapa !

¡ Era su presa ! ¿Qué mujer, en semejantes circunstancias, no lo hubiese sido? ¿Qué virtud, bajo

tal asalto y sorprendida así, hubiera podido resistir airosamente?

No intenté huir. Debí quedarme pálida, pálida y sin aliento, mientras los brazos que abiertos iban hacia mí me ceñían, me aprisionaban, y la boca de Andrés buscaba la mía.

—¡ Señorito ! ¡ Por Dios ! ¡ Señorito !...

Y él me decía :

—Te he visto desnudarte. Te he contemplado después desnuda. Y he tenido fuerza, voluntad, para contenerme. Deslumbrado, no me atrevía a caminar hacia ti. Después, cuando te has puesto las medias y la combinación negra, y los zapatos... ¡ Elenita ! No, no ; entonces no he podido contenerme ; el volcán ha estallado... ¡ El volcán que con su lava va a fundirnos a los dos en uno solo, ardientemente, gloriosamente !... ¡ Ven !

Quiso empujarme hacia el lecho de la marquesa ; pero entonces me resistí.

—¡ No, señorito Andrés, no !

Reaccionó en su locura, temeroso de que yo me defendiese y gritara, alarmando la casa.

—¡ Calla, Elena, y escúchame ! ¡ Me gustas mucho, mucho ! Desde que llegaste a esta casa. No te digo que te quiero con toda mi alma porque no me creerías. ¡ Pero no sé, no sé qué sería yo capaz de hacer por ti !...

Mientras hablaba, sus manos no dejaban de acariciarme. Su aliento me incendiaba.

Clamó :



—Déjeme vestirme ahora.

—¡Un beso nada más, Elena! Un beso y...

¿La salvación?

—¿Y me deja usted?

—Y te dejo.

Mi boca ya no le esquivó; antes bien, se entreabrió para recibir el beso libertador.

Pero el beso, al entrar en mí, al penetrarme en estremecedor y largo chasquido, iba derrocando escrúpulos, y amor iba encendiéndome y aniquilándome, llevando a mi sangre, a mis nervios y a mi voluntad como una embriaguez deliciosísima, en la que toda yo se sumía, pereciendo...

¡Y también besé!

Mi naturaleza, joven y ardiente, estallaba, rompía la seca capa de mi virtud como rompe la dura tierra la semilla al fructificar bajo el aliento de la primavera, bajo el beso del sol.

Mis manos, que antes rechazaban al violador, ahora le estrecharon en querencia. ¡Y mi cuerpo se le acopló como la enredadera se acopla al árbol!

Cerré los ojos ¿Quién era mi vencedor?

¡El Hombre!

Y el Hombre me tomó en sus brazos y me suspiró al oído:

—Vamos...

Me sentí de improviso depositada en el lecho de *ella,* de la envidiada; en el lecho perfumado y blando, de ricas sábanas, de encajes y de rasos... ¡Oh, la deliciosa caída! Y junto a mí se extendió Andrés.

—Te voy a hacer mía, Elenita, ¡porque te amo! Mañana..., después...

Exploré el porvenir con la imaginación.

¿El porvenir? ¡Bah! De rosa me pareció en aquel momento. El presente era lo importante; un presente irrefrenable, lleno de promesas.

Nuestras bocas se juntaron.

—Dime que me quieres, Elenita.

No; mi alma no podía contestarle. ¡Pero mi sangre sí! Y en el beso que le di hubo un nupcial presagio.

Se alzó sobre mí.

—Será la gloria—me dije.

Pero fué el dolor.

El sí; él murió de dicha.

Y luego, en el reposo, tras el vencimiento:

—¿Sufriste, Elena?

Yo debía de hallarme pálida, muy pálida, como deben de estarlo las vírgenes sacrificadas tras el doloroso minuto del sacrificio.

Y de nuevo sus besos en torrente, desbordadores, incendiarios.

Al quedar sola, me horripilé al ver sobre la camisa de la marquesa la mancha roja que proclamaba mi entrada en el reino de las desposadas...

No lloré.

Dicen que, en semejantes circunstancias, todas las mujeres lloran.

Yo, no. ¿Por qué?

Hoy, ya rota a las cosas de la voluptuosidad, pienso que debí llorar. Un poquito de sentimentalismo en estos casos no está de más. Es como un bálsamo de dulzura sobre la ya incicatrizable herida que abre el amor...





Cómo pude yo conservar sobre mi cuerpo desdoncellado aquella fatal camisa negra, en la que tal vez mi honra estribara?

Recordándolo hoy, convengo en que fué el miedo a que la marquesa descubriera mi falta lo que me hizo no despojarme de la camisita negra, pensando quizá en que, luego, por la noche, podría lavarla y plancharla, volviéndola a dejar al día siguiente en el armario de donde la tomara.

Ello es que aquel día, que por cierto era domingo, cuando me entrevisté con mi novio—que novio tenía; si no hablé antes de él fué porque la ocasión no se me presentara—, la camisa negra ceñía mi cuerpo en sedosa caricia, y, sin pensar en la ominosa mancha roja, pregonadora del virginal naufragio, me decía, cuando los ojos de Perfecto, mi novio, buscaban, arrobadores, los míos:

—¡Ah, si pudieras contemplarme bonitamente desnuda!

Nos fuimos a la Dehesa de la Villa.

Hacía una tarde espléndida, y numerosas parejas de enamorados iban de un lado a otro buscando cobijo en las estribaciones de un cerrillo o bajo los pinos.

Nosotros elegimos un apartado altozano y plácidamente nos pusimos a merendar.

Mi novio aquella tarde hablaba poco. Le pregunté:

—Te veo muy preocupado. ¿Qué te pasa, hombre?

Mirándome fijamente, contraído su rostro en una leve sonrisa, me contestó:

—Nada. O sí; esto: ¡que te quiero más que nunca, Elenita!

Fué su exclamación sorda, profunda y solemne, como un juramento de venganza. Me sobrecogió.

¡La vida no me había enseñado aún que la lujuria no es jocunda, sino sombría!

Me dije, toda estremecida al pensar en la escena de aquella mañana:

—¡Si supieras cuán indigna soy de tu amor!

Posó una de sus manos entre mis descubiertas pantorrillas y en la tibia juntura que formaban se inmovilizó. Y estuvo largo rato contemplándome con ardiente mirada, un tanto pálido...

De pronto, en un brusco impulso, su rostro se acercó al mío y nuestros labios se juntaron.

No tuve fuerzas para apartar mi boca, ni mi sangre ni mi conciencia me lo hubiesen permitido. Y el beso se adentró abrasador, como se me adentrara hasta vencerme aquel con que me hizo suya el hijo de los marqueses del Portillo.

—Déjame, Perfecto.

En un sollozo en que parecía quebrar el juramento de no hacerme suya hasta que la ley y la Iglesia legalizaran nuestra unión, murmuró:

—¡No puedo, Elena! ¡No puedo!

La mano que entre mis pantorrillas yacía, contenta de la voluptuosa tibieza que allí encontraba, ascendió.

En un sobresalto de mi voluptuosidad en estallido, mi busto cayó hacia atrás...

¡Parecía una entrega!

Entonces Perfecto se irguió y apartóse de mí, clamando:

—¡No, no!

Con los ojos semicerrados veía yo la diafanidad del cielo, todo azul y esperanza. Ya el sol comenzaba a declinar.

—¡Perfecto!

—Se me acercó nuevamente.

—¡Perfecto!

¡Ya su boca volvió junto a la mía!...

—¿Qué, reina mía, qué?

—Que no quiero que sufras más.

Cayó sobre mí en un abrazo desesperado y vehemente.

Cuando el gesto de posesión se iniciaba, clamó brusco:

—¡Aquí no!

Miró a un lado y a otro con miedo.

Su gesto obró sobre mí, haciéndome reaccionar también. Huyó mi languidez. Me erguí vivamente.

—Tienes razón—dije.

Hubo entonces un silencio hecho por tácita preocupación. Y luego, cuando mentalmente quedó decidido lo que la vida quería que fuera:

—¿Nos vamos?

—Sí, ahora; en cuanto anochezca.

Ya el sol iba muriendo, muriendo...

Desde el altozano en que nos hallábamos contemplábamos su luminosa agonía, sin hablar, como si semejante espectáculo nos captara por completo con su magnificencia. Los grillos cantaban no lejos de nosotros. Los insectos rumoraban. Un tren a lo lejos silbó persistentemente, con una estridencia que desgarró la serenidad del crepúsculo. Y las sombras comenzaron a arrojar sobre la tierra velo tras velo, cada vez más densos.

Mis ojos interrogadores se clavaron en los de mi novio.

Y la palabra de él contestó resueltamente a la interrogación de mi mirada:

—Aquí no.

Temeroso de quebrantar su resolución, no osaba tocarme. Su rostro era más sombrío ahora que la misma noche, que tan cerca estaba ya de nosotros.

Se alzó.

—¿Vamos, Elenita?

—Vamos.

De pronto, mi novio me enlazó bruscamente y me besó con furia. Y luego perdidamente:

—¡Te quiero, Elenita! ¡Te quiero!... ¡Y te deseo desde el instante mismo en que nos conocimos!

Madrid, con sus millares de lucecitas, estaba ante nosotros, nos atraía. ¡Y era como si la gloria nos esperase!

Echamos a andar, presurosos, sin palabras, en anhelo, hacia la ciudad, desgarradora de la sombra, iluminada...





LENTADA por la idea de ahogar mi culpa y mi deshonra en amor, sin resistencia, en un rotundo deseo de entrega, penetré en aquella casa.

¡Oh! ¡No eran los muebles, ni el lecho, como los de la marquesa, precisamente! La sobriedad del clandestino nido de amor, si no me horripiló, hizome al menos experimentar una sensación de frialdad que, por fortuna, fuera prestamente combatida por las ardientes caricias de mi novio

¡Cómo anhelaba él verme desnuda y suya!

¡El arrollamiento inmediato, sin el preludio sibarita de la caricia íntima, de la adoración de la belleza que se va a poseer!

Y mientras mis vestidos iban cayendo en un presuroso desposeimiento:

—¡Todas las noches, Elena, te soñaba así: se-

midesnuda; yo junto a ti, presto a amarte! ¡Y todas las noches mi esperanza era sólo eso: esperanza! Ahora ...

La camisa negra.

Apenas si la ardiente mirada de Perfecto se detuvo en ella; presto la arrebató de mi cuerpo como el viento barre del azur la nubecilla que se interpone ante el sol...

¡Divina!

Besó y mordió en mí. Y, sobre el lecho humilde, nuestra gloriosa juventud cayó como haz de rosas sobre el fango.

El despertar de amor fué luego como náufragos que, tras un sueño de rosa, abren los ojos creyendo encontrarse en un paraíso y se ven rodeados por las olas embravecidas, prestas a destruirles.

Primero mi boca le buscó. Y sus ojos se abrieron en interrogación, en asombro.

Rápidamente vi en él la nube presta a parir el rayo de la duda.

—¿Qué, amor mío? ¿Qué?

Se incorporó mi ya amante en el lecho y contempló durante un momento con infinito asombro la impoluta sábana sobre la que nos amáramos. Seguidamente sus ojos se alzaron hacia mí, interrogadores, en angustia ya, como si quisieran que yo, espontáneamente, explicase lo que sin duda alguna Perfecto esperaba que habría de producirse en mi cuerpo... ¡de virgen!...

Temblé como el asesino que ve descubierto su crimen.

¿Fingir? No podría. Pálida, esperé la sentencia.

Pero Perfecto no quería pronunciar la palabra que palpitaba en sus labios. Su fe en mí había sido tan grande, que la duda no acertaba a cristalizar en evidencia.

Y entonces yo, yendo al encuentro del atormentado, arrostrándolo todo en honor de la verdad y en holocausto al amor, dije:

—¿Qué esperabas de mí? ¿Lo que, aun otorgándote la dicha, no te he dado?

—Sí.

Rompí a llorar.

¡Eran, sin duda, estas lágrimas de ahora, desesperadas y de pesar, las que debiera haber derramado en el instante de mi virginidad perdida!

Y él callaba. No osaba preguntarme o, anonadado por la terrible confesión que presentía, no sabía qué decir.

—Esta mañana, Perfecto...

Sus ojos, hasta el final de mi relato, no se apartaron de mí. ¡Unos ojos fríos, en los que la lucecilla rosada del perdón no brilló ni un solo instante!

—...Era todo más fuerte que yo. ¡No sé cómo pudo ser! Figúrate que comenzaras a beber y a beber y que de pronto tus ideas se nublaran, tu voluntad cediese... y dejaras de ser tú mismo para convertirte en un fantasma que traicionara tu recta conciencia. Así era yo. Me tomó, me besó, me

poseyó. Y cuando desperté—¡tarde ya!—, cuando de nuevo en mi razón se hizo la luz...

Corrieron de nuevo en mí las lágrimas, como si quisieran borrar lo imborrable, cerrar la incurable herida.

¡Y, por fin, los ojos fríos cesaron de mirarme!

Respiré. Y me atreví a implorar:

—¿Me perdonas?

Me contestó sombrío, lejano, como un eco de su consciencia en bancarrota:

—No sé... No sé... Ahora no sé...

Saltó fuera del lecho y comenzó a vestirse.

Le imité.

Tomé de la silla donde la dejara la camisa negra y la alcé sobre mi busto, ahuecándola, para que cayera sobre mi cuerpo.

Y cuando ello fué hecho, de nuevo los ojos de mi novio se posaron en mí, con atención suma al principio, con horror después.

¡Sobre la camisa negra y transparente, la mancha roja y de infamia se destacaba como un baldón de ignominia, como un *inri* de estupro!

¡El vió, sí! ¡El la vió!

Y entonces, en una conmoción de todo su ser, como en un cataclismo en que su amor hacia mí pereciera para transformarse en odio, salió de sus labios la excomunión:

—¡Golfa! ¡Golfa! ¡Por el lujo te has vendido! ¡Y tienes aún el valor de insultarme con tu mancha canalla de virgen vendida y viciosa! ¡Y hasta

has pensado, de seguro, hacer de mí tu chulo! ¡Oh! ¡Qué asco!

Sus manos se crisparon; en sus ojos fríos hubo, por fin, una llama, un fuego extraño, siniestro...

Pálida, llena de un inmenso terror, le vi salir rápidamente de la estancia aquella, en un gesto loco de desesperado.

Vacilé. No sabía qué pensar, qué hacer...

¡Pobre de él! ¡Pobre de mí!

¡Huía!

Y comprendí que aquel hombre huía de mí... ¡para no matarme!





No me atreví a dirigirme a casa de los marqueses, en cuanto me hallé en la calle, sola, sin rumbo, como un barco desarbolado, abandonado en alta mar...

¿Dónde ir?

Iba avanzando la noche. Me dirigí inconscientemente hacia el centro de la ciudad. Las once ya. Sentía hambre. En mi bolsillo tenía poco más de diez pesetas.

Penetré en un café.

Creí que iba a poder comer, pero no pude. Los alimentos parecían querer detenérseme en la garganta. De cuando en cuando una lágrima furtiva se asomaba a mis ojos.

No miraba a mi alrededor. Mi vista, fija en el plato, no veía más que el rostro airado de mi novio y su silueta desapareciendo detrás de la puerta de la habitación donde me hiciera suya. ¡Ah! Y veía

también la camisita negra, maculada con el sello de mi virginidad mancillada; mi camisita negra, que tan linda me pareciera y que ahora, sobre mi cuerpo, parecía quemarme, quemarme...

De pronto, una voz murmuró junto a mí:

—¿Qué pena de amor la ahoga, jovencita?

Hubo en mí un ahogado grito de susto y un estremecimiento de todo mi ser.

En la mesa próxima a la mía, un hombre de rostro simpático sonreíame ...

—No se asuste usted, gacela. Pero de veras que debe usted de sufrir mucho.

Repliqué, molesta por semejante intromisión en mi pena:

—¿Y a usted qué puede importarle?

—Es verdad. Tiene usted razón... Y me importa, sin embargo; porque no puedo impedir a mi corazón, al ver sufrir junto a mí a una muchacha tan encantadora como usted, que la compadezca...

Callé. La palabra insinuante del hombre aquel oficiaba sobre mis nervios, sobre mi pena, de bálsamo consolador.

El Hombre acababa de desgarrarme el corazón, y el Hombre acudía prestamente, a los pocos instantes, a curarle. Así es la vida. Y así la acepté yo, resignada..., y tal vez contenta.

—No vacile usted en contarme sus penas. Pido demasiado, ¿verdad? Ya lo sé. Pero soy como el médico que de buenas a primeras exige a la en-



—Sorprendida por un guarda, huí alocada...

ferma, para curarla, que le muestre lo más recóndito de sus reconditeces...

¡Qué bien hablaba el hombre aquel! ¡Hasta los alimentos encontraban más expedita la vía hacia mi estómago! Y comía, comía...

—¿Ve usted? ¿No nota cómo la vuelve el apetito? Ahora come usted más de prisa, con mayor gusto...

Sonreía...

—¿Quiere usted dejarme en paz, señor... sirena?

El rió.

—¿Sirena? ¿Por qué? Más bien mago, puesto que adiviné su mal... y lo estoy curando.

Y como yo no contestara:

—¿Verdad que sí? ¿Verdad que le estoy curando?

Se puso a mi lado decididamente.

Y yo, sin saber por qué, de una manera instintiva, sentí una legría muy grande, auna alegría inmensa, un insospechado consuelo.

Y no le rechacé.

Una de sus manos se apoyó discretamente sobre mis muslos.

Enrojecí, presa de una gran turbación.

Y dije, suplicante:

—Yo creo que no debiera usted abusar de su privilegiada situación.

—Y no abuso. Es que quisiera llevar a usted, con

mi contacto, la paz absoluta, de que tanto necesita, y... ¡el amor!

¡El amor! De nuevo volvía a mí envuelto en el manto sutil de la palabra, con su rostro sonriente y sus alegres colorines. ¡El amor! ¡El siempre embustero, que tras de la careta de la sinceridad y de la palabrería, miente lindas frases para mejor engañar a sus víctimas!

Terminé de comer. Y mientras el café humeaba:

—¿Quiere usted decirme su nombre?

—Elena.

—Lindo nombre. Yo me llamo Rafael.

Y el idilio comenzó.

Era ya más de medianoche cuando abandonamos el café.

El no pretendía hacerme suya aquella misma noche, por cuanto me dijo:

—¿Quiere usted que la acompañe hasta su casa?

Quedé perpleja.

¿Mi casa? Yo no tenía casa. Y al darme cuenta de ello, saliendo del sueño optimista en que aquel hombre me sumiera, sentí que una inmensa angustia desgarraba mi alma.

—¿Mi casa? Escuche. Yo...

Y, calle de Alcalá arriba le conté mi historia sinceramente.

El parecía reflexionar. De pronto me dijo:

—Ven. Voy a llevarte a una casa donde estarás muy bien.

Y retrocedimos.

Yo seguí a aquel hombre dócilmente, como una oveja descarriada que encuentra al fin quien la lleve hasta el aprisco.

Penetramos en una casa de portal sospechoso. Apenas echamos escaleras arriba oí un rumor de voces femeninas en algazara. Y dos o tres frases groseras y desgairadas hirieron desagradablemente mis oídos.

Retrocedí vivamente.

El, sonriéndome ambiguamente, me dijo:

—¿Qué te sucede, gacela? Sube, mujer, que aquí estarás muy bien... en cuanto te acostumbres un poquito.

Tuve la evidencia de lo que aquel miserable pretendía.

Y resueltamente:

—¡Es usted un canalla! Déjeme marchar, o grito.

—Pero...

Intentó sujetarme.

Grité.

Desde el rellano de la escalera una voz agria de mujer preguntó:

—¿Eh? ¿Quién hay ahí? ¿Qué pasa?

Mi acompañante dijo:

—Nada. Soy yo, Pepe, que le traigo una palomita.

Pero yo, rápida, ágil, eché a un lado, de un empellón, al hombre aquel, y logré abrirme camino hacia la puerta, que abrí rápidamente, lanzándome a la calle.

Eché a andar presurosa.

Nadie me siguió.

Y cuando ya me juzgué libre, apoyada contra el quicio de una puerta, en una calle solitaria y oscura, que yo no sabía cuál era, rompí a llorar amargamente, presa de un inmenso desconsuelo, de una terrible desesperación.



merced a la *generosidad* del hombre que intentara venderme.

Por la tarde me dirigí al Retiro.

Estaba cansada, muy cansada. Y luego de pasar junto al estanque, torcí a la derecha y me dirigí al parterre, donde logré hallar, bajo la sombra de un árbol, un banco.

Permanecí largo rato sentada. En mi imaginación reinaba la confusión más espantosa y no acertaba a poner en orden mis ideas para buscar una orientación a mi existencia rota, sin brújula...

La gente pasaba a mi lado sin que yo me fijase en ella, como invisibles fantasmas de otro mundo, de otra vida.

Una y otra vez los trascendentales minutos que acababa de vivir acudían a mi mente, como escenas de pesadilla, como algo inverosímil que sólo en sueños pudiese existir.

Y todo ello, casi una novela, se había desarrollado en menos de cuarenta y ocho horas. Dos días antes era yo una agraciada doncellita a quien la vida le sonreía, virtuosa como la que más y llena tan sólo de esa alegre purpurina de que se hallan impregnadas las almitas que apenas tienen veinte años.

La tarde iba muriendo, muriendo... Yo no sabía qué resolución tomar. Tenía un miedo terrible a los hombres, tabla salvadora de la mayor parte de las mujercitas desamparadas que necesitan urgentemente poner su vida a flote.

Además, buscar al hombre es una cosa terrible para la que hacia ellos sólo tuviera desdenes y arrogancias.

¡Oh! ¿Por qué mi mala estrella me arrojara al lodo de tan inicua manera?

Brotaron en mis ojos lágrimas amargas de desesperación y arrepentimiento, mientras las sombras iban invadiendo el parque madrileño.

¡Oh, la camisa negra! ¡La maldita camisa negra!

Ella era la culpable de todo. Sin ella, mi vida sería aún cristalina y pura.

Y de repente, como una ráfaga de locura, sentí que la camisa negra, aun sobre mi cuerpo como un cilicio, me quemaba la carne...

¡Sí, sí! ¡Realmente me quemaba la carne!

A punto estuve de gritar al sentir la realmente terrible tortura.

No era fruto de mi imaginación calenturienta, extraviada por las pasadas emociones, por la lucha estéril, para escapar de una situación apuradísima. No. Era que realmente la odiosa camisita negra me quemaba la carne. O, al menos, así lo experimentaba, como si realmente fuese cierto.

Quise levantarme, huir, escapar adonde pudiera verme libre de semejante suplicio; pero no podía; una fuerza extraña me retenía al banco aquel del parterre, ya desierto y en sombras.

Vi sobre mí la luna, una pálida luna que me miraba melancólicamente, como apiadada de mí.

Y sollocé desgarradoramente.

¿Cuánto tiempo?

No sé. Nadie acudió. El parque debía ya de estar cerrado. Dentro no se oía el menor rumor de gente; fuera, el lejano rumor de la ciudad y el deslizarse de los tranvías...

Las estrellas parpadeantes... La deslumbradora belleza de un lucero...

Caí de rodillas.

Y gemí:

—¡Perdón! ¡Perdón! No he sido buena; pero yo no quiero seguir siendo mala...

¡Y la camisita negra, la fatal, la odiosa camisita negra, quemándome la carne, haciéndoseme irresistible ...

Una loca idea me asaltó...

Miré a uno y a otro lado.

Nadie. La sombra, la dulce claridad de la luna...

Clamé:

—¡Socorro!

Nadie acudió.

Y entonces un gran grito de alegría se escapó de mi ser atormentado.

Rápida, decidida, me despojé de mis vestidos, retiré prestamente la martirizadora camisita negra. Y quedé desnuda, sin más que las medias y los zapatos.

¡Oh! ¡Qué alivio! La luz buena y suave de la luna cayó sobre mí como un baño de pureza. Mi carne se sosegó. Mi espíritu atormentado dejó de

sufrir. Un dulce, un inefable bienestar invadió mi ser entero.

Jamás, en mi vida, había disfrutado de momento tan dulce, tan reconfortante. Era un goce el que experimentaba indefinible, que jamás podré describir; algo..., ¿cómo diré yo?, divino, fuera de este mundo.

Yo miraba a la luna, y la luna, pródiga incansable, como amante insaciable, me besaba con su luz de plata, me reconfortaba con un gesto melancólico, de infinita piedad, penetrándome con su flúido ultraterreno, como en una posesión ideal, en la que el goce es sutil y eterno en vez de breve y aniquilador...

Una hora, dos, tres, más quizá, pasé de esta manera.

Hubo, al fin, un momento en que sentí frío. Cubrí mi cuerpo como pude, con mis vestidos, pero sin la odiosa camisita negra, y me quedé profundamente dormida...



UANDO desperté era ya de día. En los árboles, los pajarillos cantaban alegremente y a mis pies, media docena de gorriones esperaba familiarmente que les echara unas cuantas migas de pan.

Sonreí amargamente al considerarlo.

Y yo también, como los gorriones, sentía hambre.

Eché a andar.

En el Retiro, que acababa de ser abierto al público, no había nadie aún.

No sé por qué tenía yo esperanzas de resolver mi vida.

Entré en un café y desayuné con un inmenso apetito. Compré un periódico y le leí pacientemente...

Salí de nuevo a la calle.

Las nueve de la mañana ya...

Estaba en la Puerta del Sol, y junto al café donde hallara al hombre que tan villanamente se portara conmigo.

Una oleada de ira hizo que mis puños se crisparan...

Un hombre, otro hombre que me sonrió ..

¡ Oh ! Ahora ya me hallaba yo defendida contra ellos interiormente por una fuerza extraña.

Acepté su proposición.

¡ Dinero !

Y así voy viviendo. Soy de todos, que es tanto como no ser de ninguno.

Esto es todo. Es decir, no ; esto no es todo ; porque inmediatamente va usted a preguntarme porqué he vuelto al parterre ; por qué, en cuanto la noche es llegada, me convierto en ninfa...

¡ Oh ! La cosa es más sencilla de lo que parece, y puede ser brevemente explicada.

Verá usted. Días después paseaba yo sola por el Retiro y vi anochecer en el mismo banco en que quedara abandonada en la noche memorable.

De repente, recordando el inefable goce experimentado la noche en que me despojara de la fatal camisita negra, sentí vehementes deseos de repetir la escena...

Y así lo hice.

También en esta noche la luna bañó mi cuerpo desnudo con su argénteo resplandor. ¡ Y también experimenté el goce sin par, la inefable dicha ! .



Y luego el vestido, la enagua y los pantalones...

¿Por qué en mi carne pecadora se producía semejante fenómeno?

Al día siguiente repetí la escena; pero esta vez fuí sorprendida por un guarda.

Huí alocada.

Fuí de uno a otro lado en el Retiro, alocada, sin saber dónde guarecerme. ¡Hasta ganas me dieron de arrojarme al estanque en un momento de desesperación!

El guarda me seguía muy de cerca y yo no me atrevía a pararme en ningún sitio por miedo de que precisamente allí, dándose cuenta de mi refugio, pudiera atraparme. Pensé también entregarme de *motu proprio* y seducir a mi perseguidor. Por muy inflexible que el guarda fuese, ¿resistiría a mi belleza, tan manifiestamente expuesta? Pero no me decidí; porque ¿y si me salía mal la cosa? Porque yo de ningún modo estaba dispuesta a comparecer ante la justicia por semejante delito.

¡Llegué a pensar que, si fuese descubierta, hasta la misma Prensa habría de ocuparse del singular suceso!

Sin saber cómo, llegué hasta esta caseta, donde los jardineros del parque guardan sus aperos. La llave estaba olvidada sobre la puerta. Penetré, sin fuerzas ya, aun arrostrando el ser descubierta al fin, y aquí pasé la noche.

Comprendí que éste era un magnífico refugio para un caso de apuro, y me quedé con la llave.

Si no me hubiese usted esta noche cortado la retirada...

Pero ¡qué se va a hacer!

Afortunadamente que he tropezado con un caballero, ¿verdad?





Y en la semioscuridad una sonrisa, una sonrisa que... Alargué la mano. Atraje hacia mí a la absurda mujer.

¿Loca? ¿Estaba loca?

Para mí no lo estaba.

Aquella noche el loco fuí yo; porque Elenita, lector, me resultó un bocado deliciosísimo, a pesar de que dos carretillas no constituyen un lecho propicio.

No he visto, en toda mi vida, una mujer más dulce, más apasionada, más ideal. Parecía mi amante, una amante idolatrada, loca de amor por mí, que quisiera superarme en todo.

Llegué a decirla:

—¡Qué bien sabes fingir, Elenita!

—¡Si no finjo! ¡Yo soy así!

—Pues si sin quererme sabes ser de esta manera, ¿qué sería si verdaderamente me amases?

Elenita sonrió, enigmática.

Muy de mañana abandonamos el Retiro, cogidos amantemente del brazo...

Lector, ¿por qué no te quedas rezagado una nochecita en el parterre del Retiro? Porque no te creas que esto que acabo de narrarte es pura novela. La ninfa del parterre existe. Y, a lo mejor, con un poquitín de suerte, te la encuentras.

¡Duro con ella!



